

Capítulo 1

·Vigilias y Recuerdos Incompletos·

17 de septiembre de 1923. Amanecía en Madrid. El sol se mojaba el rostro en la neblina fría de la primera mañana. El paisaje urbano, aún humedecido en el relente nocturno, emitía resoles rubios.

Fernando se había acomodado en uno de los últimos asientos del aún solitario tranvía, para regocijarse mejor en la tibieza de su abrigo. Junto a sus pies aguardaba el portafolios abierto y sobre sus rodillas, el maltrecho ABC del viernes anterior, en el cual se informaba sobre el golpe de Estado de Primo de Rivera, ocurrido el pasado día 13. Permanecía el periódico abierto por la página en la que el general había hecho insertar su comunicado; y bajo su mano lánguida se ocultaban las primeras líneas del texto.

Españoles: Ha llegado para nosotros el momento más temido que esperado (porque hubiésemos querido vivir siempre en la legalidad y que ella rigiera sin interrupción la vida española) de recoger las ansias, de atender el clamoroso requerimiento de cuantos amando a la patria no ven para ella otra salvación que libertarla de los profesionales de la política...

Los ánimos de los españoles andaban, y andarían por bastante tiempo más, patas arriba. No en vano, de la noche a la mañana, el país había dejado de regirse por una Democracia para someterse a un Directorio Militar dirigido por el mismo golpista. De un día para otro España había quedado despojada de la Constitución, de los partidos políticos, de las Cortes y en ella se había vaciado de significado palabras tan orondas como pensar, discutir, creer.

El rey Alfonso XIII y la clase adinerada se instalarían del lado de Primo de Rivera. Por supuesto, situarse al otro lado se consideraría delito, como en cualquier dictadura que se precie. Los demás ciudadanos, ni tan privilegiados como los primeros ni tan delincuentes como los segundos, se acomodarían a las circunstancias para sobrevivir, como siempre ha sido. Habría que ser muy comunista para jugarse la supervivencia por unas ideas políticas.

... de los que por una u otra razón nos ofrecen el cuadro de las desdichas e inmortalidades que empezaron el año 98 y amenazaban a España con un próximo fin trágico y deshonroso...

Fernando, siendo casi un perfecto apolítico, se decantaba mejor por las ideologías de izquierdas que por las de derechas; incluso había hecho públicas alguna vez sus preferencias políticas en torno a la mesa de algún café intelectual. Sin embargo, a pesar del desliz rojizo de aquellos discursos, no tenía Fernando muchos motivos de preocupación, pues su apellido paterno le cubría las espaldas. Su propio padre formaba parte de la privilegiada burguesía terrateniente de Andalucía. Es decir, que su padre, acomodado, públicamente conservador y de derechas, se hallaba incluido en el bando de los ganadores por pleno derecho.

Claro que, como las circunstancias de la vida gustan de robarnos el sueño alguna que otra noche, Fernando tenía por socio y por mejor amigo a un tal Jaime, que era conocido en más de un café de Madrid por su apasionada defensa de las

ideologías comunistas. Jaime había nacido en la pobreza, engendrado por un padre irresponsable que en su vida había cogido una pala y que, para colmo, tenía la mano bastante rápida aun sin estar bebido. Sobra describir la dureza de la infancia de aquel héroe cotidiano. Pero pueden apostar que fue su cruenta niñez lo que aficionó a Jaime a la defensa de los débiles y a que se sintiera más útil y orgulloso proclamándose a los cuatro vientos como el más acérrimo miembro del clandestino PCE.

... La tupida red de la política de concupiscencias ha cogido en sus mallas, secuestrándola, hasta la voluntad real...

Fernando se apeó casi al final de la Gran Vía, cruzó la avenida presuroso y se dirigió al despacho con paso apesadumbrado, cabizbajo y ceñudo, golpeándose la pierna derecha con el periódico mal enrollado. Encontró la puerta del bufete abierta. Pasó, suponiendo que ya Jaime había llegado, pero un joven uniformado lo abordó en la misma entrada del desierto zaguán.

- No puede usted pasar -le comunicó con afectación y parsimonia.

- Vamos, niño -lo despreció amagando un regate-, quítate de en medio.

- Identifíquese -exigió rotundo saliéndole al paso.

- Este es mi propio local.

- Lo siento, señor. Tiene que identificarse.

Iba a replicarle alguna barbaridad cuando una voz más que familiar le ordenó al sargento que dejase entrar al señor Barajola, que él se hacía cargo. Fernando se giró y se le tropezó la mirada en la grave y bien parecida estampa uniformada de Alfredo Mejías.

- La última visita que siempre había esperado -murmuró Fernando esbozando una sonrisa amarga-. No has cambiado en nada.

Aún emitía aquel halo solemne, plácido y espléndido con el que se tropezara una mañana al entrar en una de las aulas de la Universidad de Derecho. Y también conservaba el talante altanero, resuelto y aguerrido que desde siempre vaticinaron que acabaría vistiendo un uniforme militar.

- ¿Quién, escuchándote, podría jurar que fuimos amigos una vez?

Qué lejanos habían quedado aquellos días fáciles de la primera juventud. Qué lejana esa amistad profunda que recorre las adolescencias dejando huellas que jamás acabarán de borrarse. Qué lejanos los temporales que habían capeado y las calmas que habían celebrado juntos; los suspensos y las fiestas, las tristezas y las alegrías, las obligaciones, las separaciones. Qué lejana la maldita tarde en que pusieron sobre la mesa del café sus inclinaciones políticas y la batalla campal que acabó enfrentándolos: Jaime de un lado, Alfredo de otro y Fernando de ninguno de los dos, atrincherado entre ambos fuegos. Fue aquella intransigencia la que minó su unión con el desprecio, con las ofensas, con los rencores que enfermaron y emponzoñaron para siempre lo que tenían ya por sagrada amistad.

- De eso hace ya una eternidad.

- ¿Y acaso no te alegras de verme después de tanto tiempo, Fernando "el Neutral"? -lo retó-. Porque espero que sigas siendo tan casi apolítico como siempre y que Jaime no haya logrado arrastrarte de su lado.

- Si te sirve de consuelo, la filosofía que Jaime defiende me sigue pareciendo demasiado radical.

- Pues cualquiera diría que no te alegras de verme.

- Si me alegro o no de verte no se debe a tus tendencias políticas, Alfredo. Lo que ocurre es que te estoy mirando a la cara y me estoy acordando que te fuiste sin ni siquiera despedirte, de que tuvo que ser tu padre quien nos informara

que habías recogido tus cosas y que te habías marchado sin dejar dirección. Te comportaste como un auténtico desconocido y lo peor de todo es que aún sigo preguntándome por qué actuaste de aquella forma. Porque hasta cierto punto entiendo que tu odio hacia Jaime te hiciera reaccionar así para con él; pero aún sigo sin saber cuál fue el grave daño que te causó yo para que me recetaras otro tanto de lo mismo.

- Supongo que serían inútiles mis disculpas.

- Seguramente.

- Entonces permíteme que continúe con mi trabajo. En cuanto a ti, Fernando, puedes irte; no es a ti a quien buscamos.

- No soy yo quien debe irse -se defendió Fernando dejando el portafolio violentamente sobre la mesita del recibidor- ¿Qué demonios te propones? Coge a tus soldaditos y vete de aquí.

- Tú no eres el único que tiene trabajo que hacer.

- Estás en una propiedad ajena.

- Fernando, por favor, tienes que irte.

- ¿Están en mi despacho? —se sobresaltó de repente, afinando el oído y señalando inquisitoriamente la puerta de la derecha- ¿Están registrando mi despacho?

- Sí -alzó la voz Alfredo percatándose de que ya gritaban los dos.

- Pero esto ya es el colmo -se dolió queriendo forzar la puerta en un intento vano de abrirla, pues estaba atrancada por el interior-. Quiero entrar y quiero que salgáis inmediatamente de aquí. ¿A quién estabais esperando? A Jaime, ¿verdad? Te ha faltado tiempo. ¿Ha llegado ya? ¿Dónde está?

- No sabes cuánto me alegro de que me hagas esa pregunta.

En realidad, dudo que Jaime regrese.

- No te entiendo.

- Digo que tu íntimo e inseparable amigo Jaime era, y no yo, el que estaba del lado equivocado.

- Si no lo dices, revientas. ¡Viva la dictadura!

- Fernando, por Dios, cállate...

- ¡Sí! ¡Abajo los demócratas, los comunistas, los liberales! ¡Qué viva el rey y que viva Primo de Rivera! ...

- Ya es suficiente...

- ¡Que se alegre España y el Mundo, que ha vencido Alfredo Mejías hundiendo a su enemigo en el barro! Pero ¿cómo demonios puedes creer en un sistema que ha acabado de un plumazo con una Democracia?

- Por más grites, es demasiado complicado para que puedas entenderlo.

- No puedo con tu afán de superioridad. ¿Qué crees, que el resto de la humanidad está formada por una pandilla de idiotas?

Alfredo suspiró y se tomó un par de segundos para volver a su serena estampa inicial.

- No he venido a discutir —se disculpó.

- Claro que no. Has venido a desempeñar tu trabajo. Aún no se me ha olvidado.

- ¿Cómo podría explicártelo?

- Lo que sea, sencillito. No olvides que estoy entre los idiotas que conformamos el resto del mundo.

- Para agradecer tu sarcasmo, no voy a andarme por las ramas. Jaime te ha dejado en pelotas. ¿De qué te ríes, imbécil? Te ha arruinado, ha huido con todo el dinero que encontró, incluido el tuyo. No se ha molestado ni en cerrar la caja de seguridad.

Fernando apagó su sonrisa.

- Y te recomiendo que no vayas a investigar el estado de la cuenta del bufete. Te habrá dejado poco menos que con lo puesto. Sólo Dios sabe dónde pueda estar ahora.

- ¿Qué pretendes?

- Compruébalo tú si no me crees -le propuso arrojado junto al portafolio un manojito de llaves-. Fernando, por la amistad que nos unió, haz tu equipaje y vuelve a casa.

- ¿A casa? No, no, vamos, no, ni loco.

- No seas estúpido, Fernando. Ahórrate problemas. ¿Qué te queda por hacer aquí?

- Tengo un negocio.

- Un negocio arruinado y un ex-socio nada recomendable.

- Por sus ideales políticos, ya me conozco la copla. Pero tú no te preocupes por mi salud; mi padre me protege las espaldas.

- Aquí a nadie le importa que seas hijo de un terrateniente señorito andaluz. Has sido íntimo amigo de un comunista, de un perseguido. ¿Crees que los de arriba se van a arriesgar? Alguien publicará por ahí que eres uno de los rojos y te perseguirán a ti también; esto se va a convertir en una caza de brujas. Vuelve a casa, allí te respetarán por ser hijo de quien eres; aquí eres muy poquito.

- Sal de aquí.

- ¡No seas necio! -ululó llevándolo violentamente contra la pared- Me estoy jugando el pellejo por esto. ¿Sabes lo que me puede ocurrir por socorrer a un comunista?

- Nadie puede llamarme comunista.

- Yo sí puedo. Y ten por seguro que si no vuelves a casa, te delataré y vendrán también a por ti.

- Tú no harás nada parecido.

- Arriégate.

- ¿Por qué me haces esto?

- Lo hago por tu bien -confesó dejándolo libre y alcanzándole el portafolio-. Por nuestra antigua amistad.

- ¿Sabes cuántos sacrificios me supone volver a casa?

- Te va a suponer más sacrificios ser un perseguido.

Fernando rebufó y tomó el portafolio bruscamente de manos de Alfredo y el manojito de llaves que aún esperaba sobre la mesa.

- Sólo me iré si es cierta tu suposición y Jaime ha retirado el saldo de la cuenta. Si no, olvida tu absurda petición de que vuelva a casa.

Alfredo se sonrió más agradecido que triunfante. Él se quedó mirándolo un par de segundos con gesto resentido y, sin mediar palabra, salió y desapareció absorbido por las parducas oleadas de gente que iban y venían, calle abajo.